

La soberbia humildad de Ozkar Galán

Pedro VÍllora

Si un escritor no puede salvar a una niña, ¿por qué otro escritor habría de ser capaz de salvar un país?

Unamuno, ad altior natus sum, un texto fechado en agosto de 2006, es la segunda entrega de una *Trilogía de mis ilustres muertos* que se inició con *Artaud, rien de rien* -también de agosto, pero de 2005- y que, de creer al autor, finalizará en 2007 -¿agosto otra vez?- con una obra que llevará en su título el nombre de un Oscar: aunque no Galán, sino Wilde.

La psicocrítica gozaría con Ozkar Galán. Artaud, Unamuno y Wilde no ya sólo como los muertos ilustres que son, sino como muertos suyos. ¿Está emparentado con ellos? ¿Los encuentra afines entre sí y relacionados consigo mismo? ¿Se considera a su altura? ¿Por qué los aborda en orden regresivo, desandando el camino de la historia? ¿Se ve como un nuevo Plutarco rastreando coincidencias y paralelismos? ¿Va a mostrarnos una clave cuya existencia ignoramos y que sólo él posee? ¿Pretende que asistamos a una lección magistral de literatura comparada o, más aún, de historia comparada? ¿Es Ozkar Galán un adalid del actualísimo revisionismo histórico que también desde el teatro nos reprende con moralismos y dogmas?

El conocimiento de las dos partes hasta ahora existentes de la trilogía eliminará cualquier resquemor de posible pedantería que susciten unos títulos sobrecargados de referencias. No estamos ante biografías más o menos hagiográficas, ni adaptaciones de los autores implicados, ni parodias malintencionadas, ni intentos de recrear escénicamente sendos imaginarios. La trilogía de Galán es, hasta el momento, menos pretenciosa, y por eso mismo mucho más interesante. En vez de ensalzar la importancia de la

escritura como vehículo para la comprensión e incluso la transformación de la realidad – y, por supuesto, del teatro como ámbito de representación del mundo con vocación de totalidad-, Galán se ha entregado a un acto de humildad respecto de los límites del oficio al que con tanto empeño y tan excelentes logros se está dedicando, que no puede menos que inquietar a quienes aún no saben valorarlo.

Y es que Ozkar Galán ha tenido la virtud de resultar especialmente llamativo en ámbitos donde se supone que hay abundancia de artistas y, por tanto, ninguna excentricidad sería ajena. Pero si uno de sus profesores ha llegado a publicar que Galán «es todo un personaje», y aun «un personaje en la RESAD», no creo que lo singular de su caso haya sido el exceso de pretensiones y sus ganas de destacar, sino su demostrada y para algunos molesta convicción de que nada tiene tanta importancia como para no poder ser tratado como si no tuviese ninguna. Y no es un relativismo a ultranza, sino un ruego por rebajar el nivel de la mirada, descubrir de dónde nacen los prestigios falsos, indagar si hay otras vías para alcanzar las cosas y no quedarse conforme con la primera explicación. Ozkar Galán es tan sencillo que algunos no ven en él otra cosa que un provocador.

Con *Unamuno*, ya son tres las obras que ha publicado en español, y todavía hay una cuarta terminada pero aún inédita. La primera es *Yo, yo mismo y la Martuka*, escrita en 2004 y que apareció un año después en un volumen colectivo junto a otras piezas breves de sus compañeros de Dramaturgia en la Real Escuela Superior de Arte Dramático. Tanta mismidad en el título se correspondía con el protagonismo de un personaje llamado Ozkar que revive ante su amiga y amante Marta las vivencias eróticas con ciertas Roxane, Edith y Safo, a fin de escribir un ejercicio teatral sobre erotismo para un profesor suyo, un tal Ignacio, implicado en un desenlace texto-sexual potente.

Ozkar tuvo como profesor de Escritura Dramática a Ignacio Amestoy, el cual le demandó un texto breve a partir del Eros. Al encontrarse con *Yo, yo mismo y la Martuka*, Amestoy no pudo menos que acordarse de aquel paisano suyo y de Galán, autor de *Niebla* y *El otro*: «Unamuno comprendería a Ozkar Galán». Y Galán llegaría a Unamuno, pero antes que eso el juego se complicaba al advertir que Roxane -«cara de niña, cuerpo de mujer»- y Edith -«pequeño cuerpo, gran artista»- provenían de una fantasía erótica y literaria de mayor alcance que, en el tiempo en que Galán escribía sobre su proceso de creación, ya estaba formándose. Roxane y Edith serían, o acaso estaban siéndolo ya, personajes principales de *Artaud, rien de rien*.

¿De verdad la *Trilogía de mis muertos ilustres* es tal trilogía? ¿No sería mejor una tetralogía sobre cuatro escritores, uno de ellos ese «Yo, yo mismo», no tan ilustre aún pero mucho más vivo, llamado Ozkar Galán? ¿O acaso la trilogía, que está escrita hacia atrás al comenzar por el más joven, es una suerte de tres tragedias cuya sucesión, a la manera clásica, concluiría con un drama satírico que aquí, curiosamente, se ha escrito en primer lugar? ¿Nos está insinuando algo sobre la erótica de la creación?

Quizá el autor ya estuviese escribiendo *Artaud* antes que *Yo, yo mismo* y por eso mezclase las obsesiones eróticas con las literarias, creando un escritor que tal vez fuese él u otro con su mismo nombre. Lo importante de esa conexión es que, si Roxane y Edith pueden ser fantasías tanto del Ozkar escritor como del Ozkar personaje, también pueden serlo de un Antonin Artaud que no es el protagonista de la obra que lleva su apellido. Es más, sabemos que el Artaud de *Artaud, rien de rien* es el mismo que conocemos como impulsor del teatro de la crueldad, aunque los personajes de esta obra se refieran a él como actor antes que como director o dramaturgo. Pero ni él ni la cantante Edith Piaf interesan aquí por su arte. En todo caso, por cómo el arte que los lectores y espectadores sabemos que

tienen carece de función cuando se trata de la verdad de la guerra, de la miseria, de la prostitución, de la infamia, de la pederastia y de todas esas cosas que existen al margen del arte por mucho que los artistas tiendan a suponer que son ellos -*Yo, yo mismo y la Martuka*- el objeto de la creación, el centro de la realidad.

Ni un Artaud que no actúa como si fuese un previsible Artaud, ni una Piaf que de momento es sólo una puta en un burdel francés, pueden salvar a una niña judía de ser destruida por un general nazi durante la ocupación. La historia de *Artaud, rien de rien* no es la de ellos, por mucho que nos atraiga un título que los aúna jugando al despiste. Es la historia de unas gentes a quienes nadie tiene que explicar lo que es la crueldad y para quienes, de haber vida, la hay al margen del teatro. Por eso es tanto más dramática la humildad de Ozkar Galán como artista, al recordar que aquello que nos libra de la muerte no es el arte –¡Oh, el Arte!-, sino la vida.

Esa apuesta por vivir sin pretensiones es evidente en *Vade Metro, Satanás!*, texto inédito y fechado en abril de 2006, acerca del cual Galán remarca que es una sátira: «Esto es una *sátira* de la propia supervivencia del ser humano. Todas las situaciones y personajes que en ella aparecen son ficticios. Cualquier parecido entre los personajes y situaciones dramáticas con personas o situaciones reales son fruto de: 1- La casualidad. 2- Su imaginación. 3- La mía. 4- Alguna mentira del autor en el prólogo, que nunca miente, y que, si lo hiciera, siempre lo haría por una justa motivación del diablo que todos llevamos dentro».

Como si continuase su afrancesamiento inmediatamente anterior, Galán coge *A puerta cerrada* y reconstruye a Sartre en clave de comedia. Un «montañero alavés» que «va de guay (o guay va de él, nunca se sabe)», una «tirada drogada y positiva» que «va a lo suyo» y Sor Pascuala Candelaria de las Marías Guerreras de Cristo, una «monja retrógrada y educada» que «va a lo de los demás» y que en el momento en que

comienza la función viene de «una conferencia feminista» titulada *El problema de las mujeres: el hombre. La solución: castrarlos*, a la que define como «una charla de esas en las que se analiza objetivamente cómo crear un mundo de igualdad» en el que «son los hombres los que tienen que cambiar».

Los tres están en una estación de metro convertida en antesala del más allá. La estupidez con que responden ante la imposibilidad de salir al exterior y los indicios de que una gran catástrofe ha sucedido, parece deberse a la mirada escéptica con que el autor nos observa a sus semejantes. Es, en efecto, una sátira, y, aunque quepa sospechar modelos concretos que han servido de objeto para la imitación teatral, lo cierto es que cualquiera puede reconocerse en aquellas situaciones en que uno traiciona sus convicciones o expone pautas de comportamiento nunca seguidas en el seno de la privacidad.

Oskar Galán no nos cree pero nos comprende, acaso porque tiene la virtud de no tomarse a sí mismo demasiado en serio. En *Unamuno, ad altior natus sum* construye un personaje que oscila entre la convicción y la decepción, un vigía que avisa pero no se inmiscuye si no es preciso, un riguroso que amplía sus miras y aprende a ser flexible para no romperse.

Pero, al igual que en *Artaud, rien de rien*, tampoco es aquí Unamuno el centro de la historia. En una obra donde muchos personajes hacen y dicen, Unamuno sobre todo contempla un poco desde fuera y procurando no molestar. El teatrero deambular de Valle-Inclán y la jovialidad desenfadada de Muñoz Seca son, en el fondo, mucho más atractivos escénicamente, como también lo son para el propio Unamuno. Como él, acompañamos a estos líderes en su camino, nos burlamos como ellos de la mediocre disponibilidad de Pemán, y aspiramos un día a que nuestra tenacidad –la de Unamuno– se enriquezca con su impulso y su fuerza.

El Unamuno de Galán es alguien que no teme equivocarse pero teme no actuar, que recibe estímulos contradictorios a los que siente que debe encontrar explicación. Se rige por la razón pero intuye que sería placentero abandonarse alguna vez a las emociones, como hacen sus amigos, pero comprende también que, para que los afectos y los sentimientos se explayen sin daño, conviene que alguien se entretenga en analizar intelectualmente las posibles consecuencias de caprichos y actos. En esa tesitura se mueve este Unamuno que siempre es uno y es otro, el que es y el que podría ser, el que piensa y el que siente, el popular y el ilustrado, el humilde y el soberbio, el inmerso y el que no se implica, el que quisiera salvar a un país de sí mismo para poder ser él y a la vez ser un país distinto.

Ozkar Galán Pérez está escribiendo la *Trilogía de mis ilustres muertos* sobre personas que vieron cómo se acababan sus mundos, el mundo. Acaso el suyo se esté terminando también, o más bien el nuestro, ese que él observa. Pero esto que se hunde está alumbrando un nuevo escritor, vivo él: Ozkar Galán, pronto ilustre, humilde siempre.

4 de febrero de 2007